

MARINA
VALDÉS

MARÍA
LAMELA

MICRODRAMAS

NOVELA



Peripecias arriesgadas
de las reporteras más kamikazes
de la televisión

m̄r

MARÍA LAMELA

MARINA VALDÉS

MICRODRAMAS

m̄

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© María Lamela, 2024

© Marina Valdés, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

www.mrediciones.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la cubierta: © Ana Jarén

Iconos del interior: © Shutterstock

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-270-5289-5

Depósito Legal: B. 9.366-6024

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

Tú a Valencia y yo a Galicia	9
------------------------------------	---

PARTE I MICRODRAMAS

1. 3, 2, 1... Hablando	13
2. De mayor, «quiero ser», a secas	15
3. Fallera mayor infantil de Kosovo	19
4. De mayor, quiero que sobre y no que falte	25
5. Historia del a(ma)rte	29
6. De mayor, quiero ser Rambo	39
7. Operación BB	47
8. Me crecen los percebes	56
9. Lo que el pulpo no me enseñó	62
10. Efervescencia programada	66
11. La cotyvencia	70
12. De cuando no me dejaban ser	72
13. Culpa del profesor que me bajó a la tierra	77
14. Terrores nocturnos y dónde encontrarlos	85
15. Yonquis del más allá	93
16. Intolerante a la vida	100
17. Meigas, <i>habelas</i> , <i>hailas</i>	115
18. Cotycuentos de la cripta	127
19. Terrores diurnos y cómo afrontarlos	135
20. Historias de ocultismo	145

21. Mi cuñada la de Xirivella	161
22. El club de las desacatadas vivas	167

PARTE II

DOS DRAMAS, UNA BODA Y CASI UN FUNERAL

23. La Palma y una que casi: primer episodio	173
24. Lo que de verdad importa en Grecia: primer episodio ..	190
25. La Palma y una que casi: segundo episodio	196
26. Lo que de verdad importa en Grecia: segundo episodio ..	202
27. La Palma y una que casi: tercer episodio	204
28. Lo que de verdad importa en Grecia: tercer episodio	212
29. La Palma y una que casi: último episodio	220
30. Lo que de verdad importa en Grecia: último episodio ...	225
31. Una probabilidad entre diez mil	228
32. El vaso de vodka medio lleno	242
33. Domingo tenía que ser	246
34. Los gatitos de Vladímir	254
35. Lo que va delante, va delante	257
36. Del bronceado del Cáucaso al blanco siberiano	266
37. ¡Campeones, campeones, oe oe, oeee!	273
38. Un vaso de vodka a rebosar	276
39. Una tarda el tiempo que tiene en hacer la maleta	290
40. La estafa del ascendente	292

3, 2, 1... HABLANDO



Dos minutos para el arranque del programa y dos meses para mi boda. Y no tengo el vestido acabado ni sé si habrá boda. Entro en el camerino. Esto es la guerra: el *eyerliner* de María Lamela abierto en la mesa; los polvos compactos (morenos, claro) desparramados por el suelo.

—Tú también vas mal, ¿no? —le digo a María, que sale del baño subiéndose las medias.

—Pero fatal. Todo el día a trompicones. Desde que hemos cogido el bus.

—Desde que nos ha esperado el bus —la corrijo.

—No te lo repito más: cógete unos días y vamos a sacarnos el carnet a Cuenca. En dos semanas lo tenemos, que lo he visto en la web. —Se agacha y mete la brocha en los polvos que están en el suelo.

—No tengo días, entre la boda y las cuatro despedidas de soltera que llevo. Ni riñón, a poco —comento mientras me recojo el pelo en una coleta tirante, de las que me gustan a mí.

—Mira, al menos tendrás el carnet de conducir, porque el de donante ya no te lo dan.

—Sí, mi cuerpo no acabará en Harvard, ya te lo digo.

—Calla, que yo a este paso acabo despedida y soltera. El otro día Rufo me presentó a su madre; tenía un resacón monumental y me entraron arcadas nada más besarla. Fue un «encantada, ¿el baño?». Y veinte minutos de reloj echando la pota.

—Me da disfgia solo de pensarlo. —Me miro los ojos enrojecidos en el espejo—. Y tengo una alergia estos días que no puedo respirar. No sé si es el polen o el estrés.

Nos llaman desde el plató. Solo quedamos nosotras por colocar los micros. Salimos con los tacones en la mano. Sé que luego no sabremos qué calcetines son de cada una. Nada que no haya pasado antes.

—¡Mierda! Con las prisas solo llevo una lentilla —le digo a María.

—Al menos llevas bragas —Me guiña un ojo cómplice.

—Sí, hoy sí.

—Da igual, como no tenemos cue, no hay nada que ver —me recuerda María. Para los profanos, el cue o prompter es esa pantalla en la que nos van pasando, de arriba abajo, las frases que hemos de leer. Como el apuntador en el teatro, vaya.

—Pues también es verdad.

—¿Nos tomamos una birra a la salida? En el bar de enfrente tienen sin gluten para ti —me dice con una sonrisa tentadora.

—Qué va, me voy a Tarragona con Javi. Que, por cierto, casi me meto en el bolso tu funda de los dientes creyendo que era la mía. Haz el favor de meterla en una caja diferente. De meterla en una caja, a secas.

—Las libra somos justas, pero no ordenadas. Pero escucha, ¿y cuándo has hecho la maleta?

—Una tarda el tiempo que tiene en hacérsela—le digo guiñándole un ojo mientras me pasan el cable del micro por debajo del brazo.

—Cuánto drama, tía.

«3, 2, 1... Entramos en directo, estamos arriba».

DE MAYOR, «QUIERO SER», A SECAS



Yo de pequeña no tenía muy claro que iba a acabar en la tele, mi destino más bien me tenía preparada una peluquería en mi minúsculo pueblo. Pero lo que siempre tuve cristalino es que tenemos que ser lo que somos y no lo que queremos ser. Es como empujar una pelota hacia el fondo del mar. En cuanto la sueltas, sale disparada hacia la superficie.

Intenté retener esa pelota bajo el agua muchas veces, pero salía de un *chimpo* («salto»), así que la convertí en un mantra que repito para que baje mejor, como una pastilla con agua:

No soy lo bastante seria para un informativo.
 No soy lo bastante graciosa para el entretenimiento.
 No soy capaz de escapar de mí misma.
 Seré yo misma.

Welcome to the fabulous A Cabeceira!

Parroquia de Corvite que preside el horizonte de A Terra Chá («llana o plana», en gallego, «flatland», para los de St. George School).

Lugar de caminos de hierba y luz madrugadora que incubó a mi estirpe femenina. Ahí arriba, en la cúspide de las montañas lucenses, un escueto número de vecinos compiten diariamente por el premio a la casa con mayor variedad floral del año.

Con el gesto gallego denominado «manos apoyadas en *cadris* (“caderas”)), examino a las vacas de Orencio embriagada por el poder del ahora. Las inspiraciones vienen cargadas de ese olor a campo virgen con aromas de CO₂ producidos por las bostas que

tanto extraño en Madrid. Inhalo profundamente, como si ese olor fuese directo a un banco de aromaterapia interna, con notas personalmente seleccionadas para elevar el espíritu. Como si pudiese conservarlo ahí y sacarlo para las emergencias. Mi madre decide interrumpir la sonata de los mirlos.

—Bueno, qué, cuéntame algo.

—O cuéntame tú, ¿no?

—Yo hago lo mismo todos los días, *filla*. Tu vida tiene más chicha.

—Mamá, llevamos cuatro meses sin vernos, quizá podrían surgir preguntas de tus adentros, ¿eh?

—Es que no se me ocurre. Di tú.

—No sé, a ver... ¿Qué inquietud podrías tener sobre la vida de tu hija mediana que vive a quinientos kilómetros?... Mmm... Ah, sí. Por ejemplo, ¿qué tal te va? ¿Estás contenta en el trabajo? ¿Qué tal tu vida amorosa? ¿Comes bien? ¿Eres feliz?

—Bueno ya, mujer..., eso ya.

Le dedico una mirada de resignación. Es un regalo el desapego porque hay veces que el amor nubla la vista. Sobre todo, el de quien, bien o mal, nos quiere. Su opinión siempre estará condicionada por ese amor, que también puede ser tóxico de narices. He de confesar que me siento afortunada de haber nacido en una familia con más bien poco de eso. Ser un cero a la izquierda a mí me ha ayudado más de lo que me ha perjudicado. Te miras en el espejo como quien mira un lienzo en blanco y decide entre copiar un bodegón de fruta o pintar un punk a dos manos. Luego es la vida, y no tu familia, la que se encarga de decirte si eres buena o mala, lista o tonta, guapa o fea, de Ciencias o de Letras. La vida no te quiere, pero, al menos, tampoco te juzga.

Por eso agradezco a esta *xentiña* con la que comparto grupo sanguíneo el haberme criado con la sensación de no ser nada del otro mundo. El desapego es una *pilula* («píldora») vital que te fortalece por dentro.

Mi madre quería montar una peluquería en el pueblo para que no me fuese nunca. Le daba exactamente igual que yo quisiera salir de esa aldea llamada O Santo (la de la estirpe masculina), Ayuntamiento de Vilalba, en Lugo.

—Te montamos aquí la peluquería, Peluquería María se puede llamar. Yo te ayudo con las citas y si hay que lavar alguna cabeza..., pues también se lava. *Muller*, trabajo vas a tener y así estás conmigo.

—Yo quiero ser artista ma, como dice Concha Velasco. —En Galicia ser Concha Velasco es como ser cantante de orquesta, para que nos entendamos, incluso después de muerta.

Lourdes Morado, mi señora madre, estaba dispuesta a obviar a esa mocatriz *millennial* en ciernes que era yo por no vaciar su nido de soledad. Y no la culpo. Porque mi madre ha estado sola casi toda su vida. Su padre y su abuelo murieron el mismo día: uno de diabetes y el otro de pena un par de horas después cuando ella tenía catorce años.

La pena también se apoderó de aquella adolescente con una sensibilidad exacerbada convertida en su talón de Aquiles. Por la mañana estudiaba, por la tarde se quedaba a cargo de las vacas, y por la noche soñaba con estudiar Medicina para salvar la vida de otros padres y abuelos. Y aunque la Medicina estuvo siempre presente en su vida, pero por vía oral, el sueño de ser la doctora Morado se quedó en la almohada. En la almohada y en tres accidentes de tráfico. Bueno, cuatro, pero uno no fue en la carretera, fue en el altar al casarse con mi padre.

La prioridad de Pepe Lamela siempre ha sido Pepe Lamela. Para él, mi madre fue como ganar la Copa Davis, mientras que ella se dejó llevar porque su hermana salía con Ovi, mi padrino y el mejor amigo de mi padre. Quiso dejarlo en la noche de bodas. Luego, en la luna de miel, a la que acudió una segunda pareja por invitación unilateral de mi padre. También el día del bautizo de mi hermano, donde se enteró por el cura de que su hijo no se llamaba Alejandro, si no Alejandro José. «Yo te bautizo, Alejandro... José», dijo el sacerdote al uncirlo. El desencaje en la cara de mi madre fue tal que no supo reaccionar, así que no lo corrigió. Bautizaron a su hijo con un nombre añadido en el Registro Civil, adonde había ido su marido, y a ella le fue imposible parar tal despropósito.

Y pasaron veinte años llenos de desamor y de razones para dejar a Pepe. Tenía depresión crónica, pero el diagnóstico de su propia familia siempre era —y sigue siendo— el de «está loca».

Años después de querer liarme para lo de la pelu, la que se quiso ir fue ella, precisamente con *pilulas*-no-tan vitales. Estuvimos quince días con sus noches sin ella en casa. Se la llevaron en invierno y la volví a ver en primavera, en ese edificio gris rodeado de un bosque verde atlántico que parecía creado con realidad virtual para aumentar los niveles de serotonina en los pacientes. Estábamos hasta nerviosos. Después de un rato esperando, la vimos asomarse a la puerta principal. Nos saludó y vino, y puedo asegurar y aseguro que, en su recorrido, un rayo de luz a lo Mufasa en *El Rey León* la perseguía.

La vida. Bueno, la vida y el noqueo emocional que sufría producto de las desgracias, la dificultad de gestionarlas y la medicación, claro.

Al final, mi madre se quedó, en la «tierra llana», pero se quedó. Sin peluquería, pero se quedó. Y todo gracias a las *pilulas*. Cuestión de cantidad.